



CONCEBIDO Y
REALIZADO POR

Carl Gustav
Jung

*El hombre
y sus símbolos*

PAIDÓS

Carl G. Jung

Marie-Louise von Franz

Joseph L. Henderson

Jolande Jacobi

Aniela Jaffé

El hombre y sus símbolos

Título original: *Man and His Symbols*, de Carl Gustav Jung
Publicado originalmente en inglés por Anchor Books, Doubleday, Nueva York.

1.^a edición, agosto de 2017

1.^a edición en esta presentación, septiembre de 2025

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© J. G. Ferguson Publishing, 1964

© de la traducción, Luis Escolar, 2017

Cedida por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2025

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4425-1

Depósito legal: B. 12.420-2025

Impresión y encuadernación en Gráficas Estella

Impreso en España – *Printed in Spain*



Sumario

Introducción	11
John Freeman	
1. Acercamiento al inconsciente	18
Carl G. Jung	
2. Los mitos antiguos y el hombre moderno	104
Joseph L. Henderson	
3. El proceso de individuación	158
Marie-Louise von Franz	
4. El simbolismo en las artes visuales	230
Aniela Jaffé	
5. Símbolos en un análisis individual	272
Jolande Jacobi	
Conclusión	304
Marie-Louise von Franz	
Notas y referencias	312
Índice analítico	320
Procedencia de las ilustraciones	326

1 ACERCAMIENTO AL INCONSCIENTE

Carl G. Jung



La importancia de los sueños

El hombre emplea la palabra hablada o escrita para expresar el significado de lo que desea transmitir. Su lenguaje está lleno de símbolos, pero también emplea con frecuencia signos o imágenes que no son estrictamente descriptivos. Algunos son meras abreviaciones o hilera de iniciales, como ONU, Unicef, o Unesco; otros son conocidas marcas de fábrica, nombres de medicamentos patentados, emblemas o insignias. Aunque estos carecen de significado en sí mismos, adquirieron un significado reconocible mediante el uso común o una intención deliberada. Tales cosas no son símbolos. Son signos y no hacen más que denotar los objetos a los que están vinculados.

Lo que llamamos símbolo es un término, un nombre o aun una pintura que puede ser conocido en la vida diaria aunque posea connotaciones específicas además de su significado corriente y obvio. Representa algo vago, desconocido u oculto para nosotros. Muchos monumentos cretenses, por ejemplo, están marcados con el dibujo de la azuela doble. Este es un objeto que conocemos, pero desconocemos sus proyecciones simbólicas. Como

otro ejemplo, tenemos el caso del indio que, después de una visita a Inglaterra, contó a sus amigos, al regresar a la patria, que los ingleses adoraban animales porque había encontrado águilas, leones y toros en las iglesias antiguas. No se daba cuenta (ni se la dan muchos cristianos) de que esos animales son símbolos de los evangelistas y se derivan de la visión de Ezequiel, y que eso, a su vez, tiene cierta analogía con el dios egipcio Horus y sus cuatro hijos. Además, hay objetos, tales como la rueda y la cruz, que son conocidos en todo el mundo y que tienen cierto significado simbólico bajo ciertas condiciones. Precisamente lo que simbolizan sigue siendo asunto de especulaciones de controversia.

Así es que una palabra o una imagen es simbólica cuando representa algo más que su significado inmediato y obvio. Tiene un aspecto “inconsciente” más amplio, que nunca está definido con precisión o completamente explicado. Ni se puede esperar definirlo o explicarlo. Cuando la mente explora el símbolo, se ve llevada a ideas que yacen más allá del alcance de la razón. La rueda puede conducir nues-



tros pensamientos hacia el concepto de un sol “divino”, pero en ese punto la razón tiene que admitir su incompetencia; el hombre es incapaz de definir un ser “divino”. Cuando, con todas nuestras limitaciones intelectuales, llamamos “divino” a algo, le hemos dado meramente un nombre que puede basarse en un credo pero jamás en una prueba real.

Como hay innumerables cosas más allá del alcance del entendimiento humano, usamos constantemente términos simbólicos para representar conceptos que no podemos definir o comprender del todo. Esta es una de las razones por las cuales todas las religiones emplean lenguaje simbólico o imágenes. Pero esta utilización consciente de los símbolos es solo un aspecto de un hecho psicológico de gran importancia: el hombre también produce símbolos inconsciente y espontáneamente en forma de sueños.

No es fácil captar este punto. Pero hay que captarlo si queremos saber más acerca de las formas en que trabaja la mente humana. El hombre, como nos damos cuenta si reflexionamos un momento, jamás percibe cosa algu-

na por entero o la comprende completamente. Puede ver, oír, tocar y gustar; pero hasta dónde ve, cuánto oye, qué le dice el tacto y qué saborea dependen del número y calidad de sus sentidos. Estos limitan su percepción del mundo que lo rodea. Utilizando instrumentos científicos, puede compensar parcialmente las deficiencias de sus sentidos. Por ejemplo, puede ampliar el alcance de su vista con prismáticos o el de su oído mediante amplificación eléctrica. Pero los más complicados aparatos no pueden hacer más que poner al alcance de sus ojos los objetos distantes o pequeños o hacer audibles los sonidos débiles. No importa qué instrumentos use, en determinado punto alcanza el límite de certeza más allá del cual no puede pasar el conocimiento consciente.

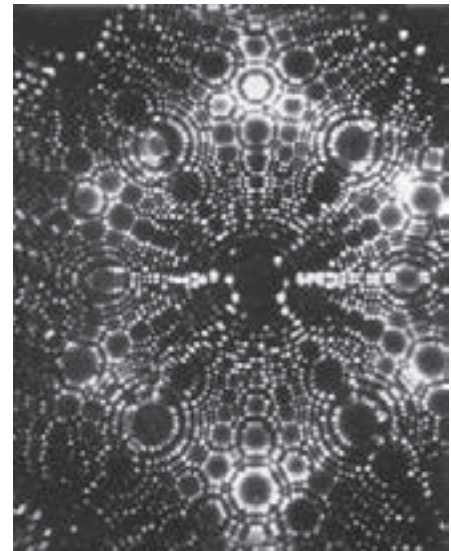
Además, hay aspectos inconscientes de nuestra percepción de la realidad. El primero es el hecho de que, aun cuando nuestros sentidos reaccionan ante fenómenos reales, visuales y sonoros, son trasladados en cierto modo desde el reino de la realidad al de la mente. Dentro de la mente, se convierten en sucesos psíquicos cuya naturaleza última no puede



Izquierda: tres de los cuatro evangelistas (en un relieve de la catedral de Chartres) aparecen como animales: el león es Marcos, el toro es Lucas, el águila es Juan. Arriba: también son animales tres de los hijos del dios egipcio Horus (hacia 1250 a. de J. C.). Animales y grupos de cuatro son símbolos religiosos universales.



En muchas sociedades las representaciones del sol expresan la indefinible experiencia religiosa del hombre. Arriba: decoración del respaldo de un trono perteneciente al s. XIV a. de C. El faraón egipcio Tut-Ankh-Amon está dominado por un disco solar; las manos en que finalizan los rayos simbolizan el poder del sol para dar vida. Izquierda: un monje en el Japón del s. XX reza ante un espejo que representa al sol divino en la religión sintoísta.



Derecha: átomos de tungsteno vistos con un microscopio de 2.000.000 de aumentos. Página opuesta: los puntos del centro de la fotografía son las más lejanas galaxias visibles. No importa hasta dónde pueda extender el hombre sus sentidos, los límites de su percepción consciente continúan.

conocerse (porque la psique no puede conocer su propia sustancia psíquica). Por tanto, cada experiencia contiene un número ilimitado de factores desconocidos, por no mencionar el hecho de que cada objeto concreto es siempre desconocido en ciertos aspectos, porque no podemos conocer la naturaleza última de la propia materia.

Después hay ciertos sucesos de los que no nos hemos dado cuenta conscientemente; han permanecido, por así decir, bajo el umbral de la consciencia. Han ocurrido pero han sido absorbidos subliminalmente, sin nuestro conocimiento consciente. Podemos darnos cuenta de tales sucesos solo en un momento de intuición o mediante un proceso de pensamiento profundo que conduce a una posterior comprensión de que tienen que haber ocurrido; y aunque, primeramente, podamos haber desdeñado su importancia emotiva y vital, posteriormente surgen del inconsciente como una especie de reflexión tardía.

Podría aparecer, por ejemplo, en forma de sueño. Por regla general, el aspecto inconsciente de cualquier suceso se nos revela en sueños, donde aparece no como un pensamiento racional sino como una imagen simbólica. Como cuestión histórica, fue el estudio de los sueños lo que primeramente facilitó a los psicólogos investigar el aspecto inconsciente de los sucesos de la psique consciente.

Basándose en esa prueba, los psicólogos supusieron la existencia de una psique inconsciente, aunque muchos científicos y filósofos

niegan su existencia. Razonan ingenuamente que tal suposición implica la existencia de dos “sujetos” o (expresándolo en una frase común) dos personalidades dentro del mismo individuo. Pero eso es precisamente lo que representa con toda exactitud. Y una de las maldiciones del hombre moderno es que mucha gente sufre a causa de esa personalidad dividida. En modo alguno es un síntoma patológico; es un hecho normal que puede ser observado en todo tiempo y en cualquier lugar. No es simplemente el neurótico cuya mano derecha ignora lo que hace la mano izquierda. Ese conflicto es un síntoma de una inconsciencia general que es la innegable herencia común de toda la humanidad.

El hombre fue desarrollando la consciencia lenta y laboriosamente, en un proceso que necesitó incontables eras para alcanzar el estado civilizado (que, arbitrariamente, se fecha con la invención de la escritura, hacia el 4000 a. de C.). Y esa evolución está muy lejos de hallarse completa, pues aún hay grandes zonas de la mente humana sumidas en las tinieblas. Lo que llamamos “psique” no es, en modo alguno, idéntico a nuestra consciencia y su contenido.

Quienquiera que niegue la existencia del inconsciente supone, de hecho, que nuestro conocimiento actual de la psique es completo. Y esta creencia es, claramente, tan falsa como la suposición de que sabemos todo lo que hay que saber acerca del universo. Nuestra psique es parte de la naturaleza y su enigma es ilimitado. Por tanto, no podemos definir ni la psique ni la naturaleza. Solo podemos afirmar qué creemos que son y describir, lo mejor que podamos, cómo funcionan. Por lo cual, completamente aparte de las pruebas acumuladas por la investigación médica, hay firmes bases lógicas para rechazar afirmaciones como “No hay inconsciente”. Quienes dicen tales cosas no hacen más que expresar un anticuado “misonéismo”: miedo a lo nuevo y lo desconocido.

Hay razones históricas para esa resistencia a la idea de una parte desconocida de la psique humana. La consciencia es una adquisición muy reciente de la naturaleza y aún está en período “experimental”. Es frágil, amenazada por peligros específicos y fácilmente dañada. Como han señalado los antropólogos, uno de los desórdenes más comunes produ-



cidos entre los pueblos primitivos es el que llaman “la pérdida de un alma”, que significa, como la denominación indica, una rotura perceptible (o, más técnicamente, una disociación) de la consciencia. Entre tales pueblos, cuya consciencia está en un nivel de desarrollo distinto al nuestro, el “alma” (o psique) no se considera unitaria. Muchos primitivos suponen que el hombre tiene un “alma selvática”, además de la suya propia, y que esa alma selvática está encarnada en un animal salvaje o en un árbol, con el cual el individuo humano tiene cierta clase de identidad psíquica. Esto es lo que el eminente etnólogo francés Lucien Lévy-Brühl llamó “participación mística”. Posteriormente, retiró ese término por presiones de las críticas adversas, pero creo que sus críticos estaban equivocados. Es un hecho psicológico muy conocido que un individuo puede tener tal identidad inconsciente con alguna otra persona o con un objeto.

Esta identidad toma diversidad de formas entre los primitivos. Si el alma selvática es la de un animal, al propio animal se lo considera como una especie de hermano del hombre. Un hombre cuyo hermano sea, por ejemplo, un cocodrilo, se supone que está a salvo cuando nada en un río infestado de cocodrilos.

Si el alma selvática es un árbol, se supone que el árbol tiene algo así como una autoridad paternal sobre el individuo concernido. En ambos casos, una ofensa contra el alma selvática se interpreta como una ofensa contra el hombre.

En algunas tribus se supone que el hombre tiene varias almas; esta creencia expresa el sentimiento de algunos primitivos de que cada uno de ellos consta de varias unidades ligadas pero distintas. Esto significa que la psique individual está muy lejos de estar debidamente sintetizada; por lo contrario, amenaza fragmentarse muy fácilmente con solo los ataques de emociones desenfrenadas.

Mientras que esta situación nos es conocida por los estudios de los antropólogos, no es tan ajena como pudiera parecer a nuestra propia civilización avanzada. También nosotros podemos llegar a disociarnos y perder nuestra identidad. Podemos estar poseídos y alterados por el mal humor o hacernos irrazonables e incapaces de recordar hechos importantes nuestros o de otros, de tal modo que la gente pregunte: “Pero ¿qué demonios te pasa?”. Hablamos acerca de ser capaces de “dominarnos”, pero el autodomínio es una virtud rara y notable. Podemos creer que nos domina-



“Disociación” significa una escisión en la psique, la cual produce una neurosis. Un famoso ejemplo literario de ese estado es *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1886), del escocés R. L. Stevenson. En la novela, la “escisión” de Jekyll toma la forma de un cambio físico más que (como en la realidad) un estado interior psíquico. Izquierda: Mr. Hyde (de la película de 1932), “la otra mitad” de Jekyll.

Los pueblos primitivos llamaban a la disociación “pérdida de un alma”; creían que el hombre tenía un “alma selvática” además de la suya propia. Página opuesta, izquierda: un hombre de la tribu nyanga, del Congo, con una máscara de cálao, ave con la que identifica su alma selvática.

Página opuesta, derecha: telefonistas en una central muy activa, manejando a la vez muchas llamadas. En tal tarea, las operarias “escinden” parte de su mente consciente para concentrarse. Pero esa escisión es controlada y temporal, no una disociación espontánea y anormal.

mos; sin embargo, un amigo fácilmente puede decirnos cosas acerca de nosotros de las cuales no sabemos nada.

Sin duda alguna, aun en lo que llamamos “un elevado nivel de civilización”, la consciencia humana todavía no ha conseguido un grado conveniente de continuidad. Aún es vulnerable y susceptible la fragmentación. Esta capacidad de aislar parte de nuestra mente es una característica valiosa. Nos permite concentrarnos sobre una cosa en un momento determinado, excluyendo todo lo demás que pueda reclamar nuestra atención. Pero hay un mundo de diferencia entre una decisión consciente de separar y suprimir temporalmente una parte de nuestra psique y una situación en la que esto ocurra espontáneamente sin nuestro conocimiento o consentimiento y aun contra nuestra intención. Lo primero es una hazaña civilizada; lo último, una primitiva “pérdida de un alma” o, aun, la causa patológica de una neurosis.

De este modo, incluso en nuestros días, la unidad de consciencia es todavía un asunto dudoso; puede romperse con demasiada facilidad. La capacidad de dominar nuestras emociones, que puede ser muy deseable desde nuestro punto de vista, sería una consecución

discutible desde otro punto de vista, porque privaría a las relaciones sociales de variedad, color y calor.

Es ante este fondo donde tenemos que revisar la importancia de los sueños, esas fantasías endebles, evasivas e inciertas. Para explicar mi punto de vista, desearía describir cómo se desarrolló durante un período de años y cómo fui llevado a concluir que los sueños son la fuente más frecuente y universalmente accesible para la investigación de la facultad simbolizadora del hombre.

Sigmund Freud fue el precursor que primero intentó explorar empíricamente el fondo inconsciente de la consciencia. Trabajó con la presuposición general de que los sueños no son algo casual sino que están asociados con pensamientos y problemas conscientes. Esta presuposición, por lo menos, no era arbitraria. Se basaba en la conclusión de eminentes neurólogos (por ejemplo, Pierre Janet) de que los síntomas neuróticos se relacionan con cierta experiencia consciente. Hasta parecen ser zonas escindidas de la mente consciente que, en otra ocasión y bajo circunstancias distintas, pueden ser conscientes.

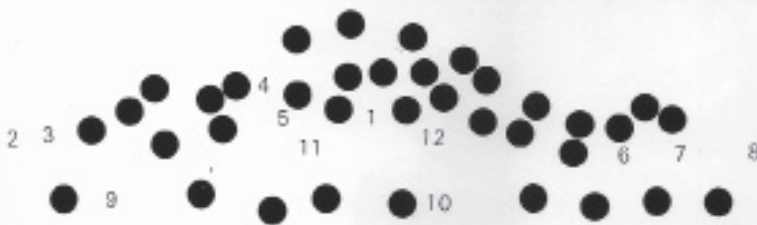
Antes del comienzo de este siglo, Freud y Josef Breuer habían reconocido que los



síntomas neuróticos –histeria, ciertos tipos de dolor y la conducta anormal– tienen, de hecho, pleno significado simbólico. Son un medio por el cual se expresa el inconsciente, al igual que lo hace por medio de los sueños, que, del mismo modo, son simbólicos. Un paciente, por ejemplo, que se enfrenta con una situación intolerable, puede provocar un espasmo siempre que trate de tragar: “No puede tragarlo”. En situaciones análogas de tensión psíquica, otro paciente tiene un ataque de asma: “No puede respirar el aire de casa”. Un tercero sufre una peculiar parálisis de las piernas: no puede andar, es decir, “ya no puede andar”. Un cuarto, que vomita

cuando come, “no puede digerir” cierto hecho desagradable. Podría citar muchos ejemplos de esta clase, pero tales reacciones físicas son solo una forma en la que los problemas que nos inquietan pueden expresarse inconscientemente. Con mayor frecuencia, encuentran expresión en nuestros sueños.

Todo psicólogo que haya escuchado a numerosas personas contar sus sueños sabe que los símbolos del sueño tienen mucha mayor variedad que los síntomas físicos de la neurosis. Muchas veces consisten en fantasías elaboradas y pintorescas. Pero, si el analista que se enfrenta con ese material onírico emplea la técnica primitiva de Freud



1. Sigmund Freud (Viena).
2. Otto Rank (Viena).
3. Ludwig Binswanger (Kreuzlingen).
4. A. A. Brill.

5. Max Eitingon (Berlín).
6. James J. Putnam (Boston).
7. Ernest Jones (Toronto).
8. Wilhelm Stekel (Viena).

9. Eugen Bleuler (Zúrich).
10. Emma Jung (Küsnacht).
11. Sandor Ferenczi (Budapest).
12. C. G. Jung (Küsnacht).

de asociación libre, encuentra que los sueños pueden reducirse, en definitiva, a ciertos tipos básicos. Esta técnica desempeñó un papel importante en el desarrollo del psicoanálisis porque permitió a Freud utilizar los sueños como punto de partida desde el cual podía explorarse el problema inconsciente del paciente.

Freud hizo la sencilla pero penetrante observación de que, si se alienta al soñante a seguir hablando acerca de las imágenes de su sueño y los pensamientos que ellas suscitan en su mente, se traicionará y revelará el fondo inconsciente de sus dolencias, tanto en lo que dice como en lo que omite deliberadamente. Sus ideas pueden parecer irracionales y disparatadas, pero poco después es relativamente fácil ver qué es lo que está tratando de evitar, qué pensamiento o experiencia desagradable está suprimiendo. No importa cómo trate de enmascararlo, cuanto diga apunta hacia el meollo de su malestar. Un médico ve tantas cosas desde el lado desagradable de la vida que, con frecuencia, se halla lejos de la verdad cuando interpreta las insinuaciones hechas por su paciente como signos de una consciencia turbada. Por desgracia, lo que casualmente descubre confirma sus suposiciones. Hasta aquí, nadie puede decir nada contra la teoría de Freud de la represión y satisfacción de deseos como causas aparentes del simbolismo de los sueños.

Freud concedió particular importancia a los sueños como punto de partida de un pro-

ceso de asociación libre. Pero algún tiempo después, comencé a pensar que eso era una utilización errónea e inadecuada de las ricas fantasías que el inconsciente produce durante el sueño. En realidad, mis dudas comenzaron cuando un colega me habló de una experiencia tenida durante un largo viaje en tren por Rusia. Aunque no sabía el idioma y, por tanto, no podía descifrar la escritura cirílica, se encontró meditando acerca de las extrañas letras en que estaban escritos los avisos del ferrocarril y se sumió en una divagación en la que imaginó toda clase de significados para ellas.

Una idea lo condujo a otra y en su vagar mental halló que su asociación libre había removido muchos viejos recuerdos. Entre ellos, le molestó encontrar algunos desagradables y hacía mucho tiempo enterrados, cosas que había deseado olvidar y había olvidado *conscientemente*. De hecho, había llegado a lo que los psicólogos llamarían “sus complejos”, es decir, temas emotivos reprimidos que pueden producir constante perturbación psíquica o incluso, en muchos casos, los síntomas de una neurosis.

Este episodio me abrió los ojos al hecho de que no era necesario utilizar un sueño como punto de partida para el proceso de asociación libre, si se desea descubrir los complejos de un paciente. Me mostraba que se puede alcanzar el centro directamente desde cualquier punto de la brújula. Se puede comenzar desde las letras cirílicas, desde las meditacio-

Izquierda: muchos de los grandes precursores del psicoanálisis moderno, fotografiados en un Congreso de Psicoanálisis celebrado en 1911 en Weimar, Alemania. La clave puesta al pie identifica algunas de las figuras más importantes.

Derecha: el test de “la manchas de tinta” ideado por el psiquiatra suizo Hermann Rorschach. La forma de la mancha puede servir como estímulo para la asociación libre; de hecho, casi toda forma irregular libre puede provocar el proceso asociativo. Leonardo da Vinci escribió en sus *Notas*: “No os resultaría difícil detenernos algunas veces y mirar las manchas de las paredes o las cenizas de un fuego o nubes o barro o sitios análogos en los que [...] podéis encontrar auténticas ideas maravillosas”.



nes sobre una bola de cristal, un molino de oración o aun desde una conversación casual acerca de algún suceso trivial. El sueño no era ni más ni menos útil a este respecto que cualquier otro posible punto de partida. Sin embargo, los sueños tienen un significado particular aun cuando, a menudo, proceden de un trastorno emotivo en el que los complejos habituales también están envueltos. (Los complejos habituales son los puntos delicados de la psique que reaccionan rápidamente a un estímulo externo o alteración.) Por eso la asociación libre puede conducir desde cualquier sueño a pensamientos secretos críticos.

No obstante, en este punto se me ocurrió que (si hasta ahí estaba en lo cierto) podría deducirse legítimamente que los sueños tienen por sí mismos cierta función especial y más importante. Con mucha frecuencia, los sueños tienen una estructura definida, de evidente propósito, que indica una idea o intención subyacente, aunque, por regla general, lo último no es inmediatamente comprensible. Por tanto, comencé a considerar si se debe conceder más atención a la forma efectiva y al contenido de un sueño que a permitir que la asociación “libre” conduzca por medio de un encadenamiento de ideas a complejos que podrían alcanzarse con la misma facilidad por otros medios.

Este nuevo pensamiento fue un cambio de dirección en el desarrollo de mi psicología. Significó que paulatinamente renuncié a las demás asociaciones que alejaban del texto de un sueño. Preferí concentrarme más bien en las asociaciones del propio sueño, en la creencia de que estas últimas expresaban algo específico que el inconsciente trataba de decir.

El cambio de mi actitud hacia los sueños acarreaba un cambio de método; la nueva técnica era tal que podría tener en cuenta los diversos y más amplios aspectos de un sueño. Una historia contada por la mente consciente tiene un principio, un desarrollo y un final, pero no sucede lo mismo en un sueño. Sus dimensiones de tiempo y espacio son totalmente distintas; para entenderlo hay que examinarlo en todos los aspectos, al igual que se puede tomar en las manos un objeto desconocido y darle vueltas y más vueltas hasta que se conocen todos los detalles de su forma.

Quizá ya haya dicho lo suficiente para mostrar cómo se fue acrecentando mi desacuerdo con la asociación “libre” tal como la empleó Freud al principio: yo deseaba mantenerme lo más cerca posible del sueño mismo y excluir todas las ideas que no hicieran al caso y las asociaciones que pudiera evocar. En verdad, eso podía conducir hacia los complejos de un paciente, pero yo tenía en mi pensamiento una finalidad de mayor alcance que el descubrimiento de los complejos productores de alteraciones neuróticas. Hay otros muchos medios con los cuales pueden ser identificados: los psicólogos, por ejemplo, pueden captar todas las alusiones que necesiten utili-



Dos distintos estímulos posibles de la asociación libre: el molino de oración de un mendigo tibetano (izquierda) o la bola de cristal de una adivinadora (derecha, una adivinadora moderna en una feria inglesa).



zando los tests de asociación de palabras (preguntando al paciente qué asocia a una serie dada de palabras y estudiando luego las respuestas). Pero para conocer y comprender el proceso vital psíquico de toda la personalidad de un individuo es importante darse cuenta de que sus sueños y sus imágenes simbólicas tienen un papel mucho más importante que desempeñar.

Casi todo el mundo sabe, por ejemplo, que hay una inmensa variedad de imágenes con las que se puede simbolizar el acto sexual (o, podríamos decir, representarse en forma de alegoría). Cada una de esas imágenes puede conducir, por un proceso de asociación, a la idea de relación sexual y a complejos específicos que cualquier individuo podría tener acerca de sus propios actos sexuales. Pero también podría desenterrar tales complejos con un soñar despierto ante un conjunto de indecifrables letras rusas. Por tanto, llegué a la suposición de que un sueño contiene cierto mensaje distinto de la alegoría sexual y que eso es así por razones definidas. Para aclarar este punto:

Un hombre puede soñar que introduce una llave en una cerradura, que empuña un pesado bastón o que echa abajo una puerta con un ariete. Cada una de esas cosas puede considerarse una alegoría sexual. Pero el hecho de que su inconsciente haya elegido, con ese fin, una de esas imágenes específicas —sea la llave, el bastón o el ariete— es también de la mayor importancia. La verdadera tarea es comprender *por qué* se ha preferido la llave al bastón o el bastón al ariete. Y, a veces, esto podría conducir al descubrimiento de que no es, en definitiva, el acto sexual el que está representado, sino otro punto psicológico totalmente distinto.

Una de las incontables imágenes simbólicas o alegóricas del acto sexual es la caza del ciervo. Derecha: detalle de un cuadro del pintor alemán del s. XVI Cranach. La implicación sexual de la caza del ciervo se subraya con una canción popular inglesa, de la Edad Media, titulada “El guarda”:

A la primera gama a la que disparó,
le falló.
Y a la segunda gama a la que halagó
la besó.
Y la tercera huyó en el
corazón de un joven.
Ella está entre las hojas del
verde O.

A partir de este razonamiento, llegué a la conclusión de que, para interpretar un sueño, solo debería utilizarse el material que forma parte clara y visible de él. El sueño tiene su propia limitación. Su misma forma específica nos dice qué le pertenece y qué nos aleja de él. Mientras la asociación “libre” nos engaña alejándonos de ese material en una especie de línea en zigzag, el método que desarrollé es más semejante a una circunvalación cuyo centro es la descripción del sueño. Trabajo en torno a la descripción del sueño y me desentiendo de todo intento que haga el soñante para desprenderse de él. Una y otra vez, en mi labor profesional, he tenido que repetir las palabras: “Volviendo a su sueño. ¿Qué dice el *sueño*?”.

Por ejemplo: un paciente mío soñó con una mujer vulgar, borracha y desgredada. En el sueño, parecía que esa mujer era su esposa aunque, en la realidad, su esposa era totalmente distinta. Por tanto, en lo externo, el sueño era asombrosamente incierto y el paciente lo rechazó al pronto como una tontería soñada. Si yo, como médico suyo, le hubiera dejado iniciar un proceso de asociación, inevitablemente él habría intentado alejarse lo más posible de la desagradable sugestión de su sueño. En tal caso, él hubiera desembocado en uno de sus complejos prin-





Una llave en una cerradura *puede* ser un símbolo sexual, aunque no invariablemente. Izquierda: parte de un retablo del artista flamenco del s. XV Campin. La puerta intentaba simbolizar la esperanza, la cerradura simbolizaba la caridad, y la llave, el deseo hacia Dios. Abajo: un obispo inglés, durante la consagración de una iglesia, celebra la tradicional ceremonia golpeando en la puerta de la iglesia con un báculo que, evidentemente, no es un símbolo fálico sino un símbolo de autoridad y del cayado de pastor. Ninguna imagen simbólica individual puede decirse que tenga un significado general dogmáticamente fijado.



El *ánima* es el elemento femenino del inconsciente masculino. (Esta y el *ánimus* del inconsciente femenino se estudian en el cap. 3.) Esta dualidad íntima se simboliza con frecuencia por una figura hermafrodita, como el hermafrodita coronado (página opuesta, arriba) de un manuscrito de alquimia del s. XVII. Página opuesta, abajo: imagen física de la "bisexualidad" psíquica del hombre: una célula humana con sus cromosomas. Todos los organismos tienen dos grupos de cromosomas, uno del padre y otro de la madre.

cipales –posiblemente, un complejo que nada tendría que ver con su esposa– y yo no habría sabido nada acerca del significado especial de ese sueño peculiar.

Entonces, ¿qué trataba de transmitir su inconsciente por medio de una afirmación de falsedad tan obvia? Con toda claridad expresaba de algún modo la idea de una mujer degenerada que estaba íntimamente relacionada con la vida del soñante; pero, puesto que la proyección de esa imagen sobre su esposa era injustificada y falsa en la realidad, tuve que buscar en otra parte antes de encontrar lo que representaba esa imagen repulsiva.

En la Edad Media, mucho antes de que los fisiólogos demostraran que a causa de nuestra

estructura glandular hay, a la vez, elementos masculinos y femeninos en todos nosotros, se decía que “cada hombre lleva una mujer dentro de sí”. Este elemento femenino de todo macho es lo que he llamado “ánima”. Este aspecto “femenino” es esencialmente cierta clase inferior de relacionamiento con el entorno –y particularmente con las mujeres–, que se guarda cuidadosamente oculto a los demás así como a uno mismo. Es decir, aunque la personalidad visible de un individuo pueda parecer completamente normal, también puede estar ocultando a los demás –o aun a sí mismo– la situación deplorable de “la mujer de dentro”.

Ese era el caso de mi peculiar paciente: su lado femenino no era agradable. De hecho, su sueño le decía: “En cierto modo, te estás portando como una mujer degenerada” y eso le produjo una conmoción correspondiente. (Por supuesto, un ejemplo de esta clase no puede tomarse como prueba de que el inconsciente se ocupa de dar órdenes “morales”. El sueño no le decía al paciente que “se portara mejor”, sino que trataba, simplemente, de equilibrar la naturaleza desnivelada de su mente consciente, la cual mantenía la ficción de que él era todo un perfecto caballero.)

Es fácil comprender por qué los soñantes tienden a ignorar e incluso negar el mensaje de sus sueños. La consciencia se resiste a todo lo inconsciente y desconocido. Ya señalé la existencia entre los pueblos primitivos de lo que los antropólogos llaman “misoneísmo”, un miedo profundo y supersticioso a la novedad. Los primitivos manifiestan todas las reacciones del animal salvaje contra los sucesos funestos. Pero el hombre “civilizado” reacciona en una forma muy parecida ante las ideas nuevas, levantando barreras psicológicas para protegerse de la conmoción que le produce enfrentarse con algo nuevo. Esto puede observarse fácilmente en toda reacción individual ante sus propios sueños cuando le obligan a admitir un pensamiento sorprendente. Muchos precursores en filosofía, ciencia e incluso en literatura fueron víctimas del innato conservadurismo de sus contemporáneos. La psicología es una de las ciencias más jóvenes; como intenta ocuparse de la labor del inconsciente, se ha encontrado inevitablemente con un “misoneísmo” extremado.

